

Mateo Alemán

Guzmán de Alfarache

Edición, estudio y notas de Luis Gómez Canseco

Madrid, Real Academia Española, 2012, 1679 p.

ISBN 978-84-672-5391-7 / 978-84-15472-69-8

Daniel Fernández Rodríguez

Universitat Autònoma de Barcelona

daniel.fernandez@uab.es

Del *Guzmán de Alfarache* dijo Baltasar Gracián que «a gusto de muchos y entendidos es el mejor y más clásico español», y atribuía a su estilo «natural, como el pan» el hecho de que fuera tan leído y celebrado. Tenga o no razón el ilustre jesuita aragonés, el libro de Mateo Alemán no ha corrido modernamente la misma suerte que, por ejemplo, *La Celestina* y el *Lazarillo de Tormes*, los dos libros a cuya estela pretendió acogerse su autor. Retoma de ambos el empeño por concentrar el interés narrativo en las peripecias de unos personajes de dudosa ejemplaridad; eso no impide que en el *Guzmán* haya una inequívoca intención artística que, por la vía de los frecuentes remansos discursivos con que se va entretejiendo la acción, impregne la obra de un evidente propósito didáctico con ribetes de sermón moral. Propósito que se insinúa en la coletilla del título de la segunda parte, «atalaya de la vida humana», y que viene a ser la concertación de la «conseja» y el «consejo»: «no te rías de la conseja y se te pase el consejo» (I, «Al discreto lector»). Fueron muy posiblemente estos dos últimos afanes los que sedujeron a sus contemporáneos (gozó incluso del rarísimo privilegio de ser traducido al latín en 1623), y acaso también los que le han hecho perder en parte la estima entre los lectores actuales, sobre todo si se tiene en cuenta la que han venido disfrutando sin apenas altibajos los dos libros que le sirvieron de modelo. De ahí, en buena medida, la oportunidad de una nueva edición como la que nos ocupa, que se declara «deudora y heredera» de la que llevara a cabo Francisco Rico en 1967.

En las primeras páginas de su estudio, traza el editor una semblanza biográfica de Mateo Alemán, que repartió su vida entre el servicio a la administración

pública y las servidumbres de la escritura. De familia de judíos conversos por la rama paterna y ascendencia italiana por la materna, con antepasados que se las habían visto con la Inquisición (su abuelo Juan Alemán ardió en la hoguera del Santo Oficio y sus bienes fueron subastados), circunstancias no infrecuentes en la España del siglo XVI, fue bautizado en Sevilla en septiembre de 1547. Sabemos, por su *Ortografía castellana* —libro en el que, aparte de proponer una reforma en toda regla de la escritura en lengua castellana, Mateo Alemán hace memoria de su vida—, que comenzó sus estudios en el colegio de los jesuitas de dicha ciudad. Tras graduarse como bachiller en Artes y Filosofía, se traslada a Alcalá de Henares, en cuya universidad se matricula como alumno de Medicina (de sus andanzas estudiantiles en Alcalá dio cuenta en la segunda parte del *Guzmán*). No hay constancia, sin embargo, de que llegara a obtener el título de licenciado en dicha especialidad, algo achacable a su condición de converso, según la crítica ha coincidido en señalar. Tampoco de que ejerciera la profesión de médico, y sí, en cambio, de su pronta inclinación a los negocios. Tuvieron estos mucho que ver ya desde el principio con la administración real, y fueron ellos, asimismo, los causantes de que en más de una ocasión acabara entre rejas, como le ocurriera a su coetáneo Cervantes. No le salieron casi nunca bien las cosas en la pelea de la vida, pero no se descuidó por ello de tomar la pluma. Y así, en 1597, cumplidos ya los cincuenta años, dio a la imprenta su primera obra: *Odas de Horacio, traducidas por Mateo Alemán*, rezaba el título. Ese mismo año solicitó la aprobación y licencia para la primera parte del *Guzmán de Alfarache*, que se publicó dos años después, en 1599. El éxito del libro fue inmediato, pero no lo suficiente como para desenredar al autor de la maraña de préstamos y deudas en que andaba envuelto; ni siquiera para librarle de la prisión. Abonado a la contrariedad, hasta le salió un imitador, que bajo el nombre de Mateo Luján de Sayavedra dio a la luz en Valencia en 1602 una *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* (Alemán se vengó del autor del libro apócrifo convirtiéndole en un personaje de la auténtica segunda parte de su novela). En busca de remedio a sus penurias, hizo imprimir en 1604 su hagiografía de *San Antonio de Padua*, «dirigido al reino y nación lusitana». Por cierto que en los preliminares aparece una canción de Lope de Vega en la que este, a título de elogio y equiparación a su homónimo bíblico, le adjudica el sobrenombre de «Mateo coronista».

Discurría por entonces su vida, muy lejos del sosiego económico y familiar, entre Madrid, Sevilla y Lisboa, y en esta última ciudad, con fecha de septiembre de 1604, obtuvo la aprobación para la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*, que se puso a la venta a finales de ese mismo año. De vuelta en Sevilla, y con vistas a poner remedio a su «desacomodado» vivir, solicitó, frizando ya los sesenta años, permiso para viajar a las Indias. Desembarcó en Nueva España en agosto de 1608, y un año después aparecía su *Ortografía castellana*, libro que traía ya compuesto desde España y que dedicó a la ciudad de México. En contra de lo que el título da a entender, se trata de una obra muy personal y de amena lectura, en la órbita de la conciencia humanista

del Renacimiento. En homenaje a su benefactor en tierras americanas, publicó en 1613 los *Sucesos de don fray García Guerra*. Un año después, en 1614, y en la misma situación de penuria a que parecía predestinado, le sobrevino la muerte.

No son pocos los ecos que de la vida de Mateo Alemán resuenan en la de su *Guzmán*: Sevilla, lugar de su nacimiento y escenario de parte de sus peripecias, familia de origen converso, el trato con mercaderes, lances estudiantiles en Alcalá, matrimonio por interés y desventurado, estancias en la corte, la decisión de pasar a Indias... La vivencia autobiográfica en que se sustenta la novela es indudable, y a ella se deben acaso buena parte de sus méritos.

En el estudio de su documentadísima edición, Luis Gómez Canseco empieza por rastrear los géneros y modelos de la tradición en que se fraguó el *Guzmán de Alfarache*, tributario en buena medida del variopinto abanico de lecturas de que se nutrió su autor: libros de burlas y facecias, cuentos folclóricos, tratados morales, vidas de santos, repertorios de apólogos y fábulas, misceláneas, las *novelle* italianas... Inscrito, desde luego, en la literatura de entretenimiento, y dentro de los moldes de la ficción en prosa, el camino por el que sin duda alguna transitó el *Guzmán* fue el que en 1554 había abierto el *Lazarillo*, que trastocó por completo los modos narrativos anteriores. El mundo idealizado de caballeros andantes y pastores enamorados deja paso a la vida real, la ficción se vuelve verosímil, los personajes más bajos y desclasados se adueñan del protagonismo («epopeya de sujeto humilde», sentenció Baltasar Gracián refiriéndose al *Guzmán*).

Pero Alemán se propuso, además, vincular la narración ficticia a la enseñanza moral. Para ello, «se esforzó en salvar el decoro y hacer creíble que un desclasado refriese su vida en primera persona, moralizando a cada paso sobre lo divino y lo humano» (p. 787), mezcló estilos y paseó a su pícaro por los más variados ambientes de la escala social. A este nuevo género de narrativa picaresca con una base realista lo bautizó el propio Alemán con el nombre de «poética historia».

El *Guzmán* y el *Lazarillo* comparten el narrador en primera persona y sus orígenes dudosos, la sucesión de amos a los que servir, el hambre y los deseos de medrar, la desdicha matrimonial, amén de otros detalles menores. El pícaro de Alemán, sin embargo, no se ciñe solo al relato de los hechos, sino que los comenta y extrae de ellos partido para impartir lecciones de adoctrinamiento moral, recurriendo para ese fin a digresiones eruditas, cuentos, chanzas e historias interpoladas, ajenas al argumento. Alemán acertó a mezclar todos estos ingredientes con tino, pero en aras de la verosimilitud narrativa, transformó al pícaro en hombre de letras, le hizo desempeñar múltiples trabajos y le forzó incluso a viajar hasta Italia. Quedaba así patente que su libro, más que una mera autobiografía a la manera del *Lazarillo*, era un ejercicio literario, y para que no hubiera dudas quiso dejar bien claro que él era el autor y Guzmán su personaje protagonista, como descubre a todas luces el título: *Primera parte de Guzmán de Alfarache, por Mateo Alemán, criado del rey don Felipe III, nuestro señor, y natural vecino de Sevilla*. Con todo, no es de extrañar que, pese a las disparidades, los

lectores contemporáneos emparentaran los dos libros, e incluso tendieran a establecer comparaciones —y no solo por la diferencia de grosor. Como dijo Cervantes por boca de Ginés de Pasamonte: «Es tan bueno —le comenta el galeote a don Quijote, refiriéndose al *Guzmán de Alfarache*— que mal año para Lazarillo de Tormes y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades y que son verdades tan lindas y tan donosas que no pueden haber mentiras que se le igualen».

Antes de Guzmán, ningún personaje, subraya Gómez Canseco, «había hablado [...] tan sin tasa, exhibiendo en público los trapos más sucios de su familia y de sí mismo» (p. 795). Los familiares tienen que ver, fundamentalmente, con su condición de bastardo, con un padre ladrón e hipócrita y con una madre amancebada. Los personales, con su peripecia vital (el huérfano que decide echarse al mundo para no hacerse gravoso a su madre, adopción de diversas identidades falsas con el ánimo de enmascarar la verdadera, cambios de nombre, cornudo consentido de una mujer que le abandona); con los oficios que desempeñó (mozo de venta, pícaro declarado, falso galán, caballero fingido, paje, alcahuete, logrero, estudiante y clérigo en ciernes, mercader y ladrón), y con la sucesión de amos a los que sirvió: un capitán venido a menos, un cardenal, un embajador... De esta guisa, y deambulando sin parar de un lado a otro, siempre solo, es condenado a galeras.

Si una vida así puede parecer desordenada, no lo es la manera de contarla. Al contrario, Mateo Alemán, que se empeñó en evitar la «escritura desatada» de los libros de caballerías, trazó a conciencia «la armazón narrativa» de su historia. Él mismo se encargó de advertir al lector, en la *Declaración para el entendimiento de este libro* que aparece al frente del primer volumen, que tenía ya pensada y preparada una segunda parte, y aun el desenlace: «Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego, como diremos en esta primera parte, después, dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de la religión; mas por volverse a los vicios los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos. Él mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte».

El mismo cuidado —y rasgo clave de su modernidad, como tan acertadamente apunta Gómez Canseco— se advierte en la disposición con que Alemán organiza los muy heterogéneos materiales de su novela. En torno a las andanzas de Guzmán, que constituyen el eje narrativo, concurren las reflexiones del protagonista sobre su vida y comportamiento, la sarta de digresiones morales y críticas con que va enjuiciando casi todo lo que pasa ante sus ojos, fábulas y relatos alegóricos, cuentos y anécdotas de muy vario pelaje, cuatro novelas breves, piezas retóricas de tono burlesco, sermones parafraseados, romances... Las interpolaciones no son gratuitas; al contrario, le sirven al autor para «solventar la cuestión retórica de la variación y para complementar el discurso ideológico de la obra» (p. 808). De todas ellas, adquieren especial relevancia las cuatro novelas breves, utilizadas por Alemán para cambiar el ritmo del relato, alardear de su do-

minio estilístico y proporcionar un entretenimiento añadido a los lectores. Las cuatro, además, sea cual sea el modelo en que se inspiran —la novela morisca, la bizantina...— participan de la misma visión desengañada y pesimista de la existencia humana que destila la historia del pícaro.

Otro recurso del que se vale Alemán para articular y reforzar la unidad estructural es el viaje, que «además de un periplo vital, conlleva otro de naturaleza alegórica» (p. 805) y claramente circular: Sevilla y Madrid, escenarios de su infancia y adolescencia; Génova en busca de los antepasados familiares y Roma como epicentro del mundo, ciudades en las que transcurre su mocedad; y de nuevo, ya de vuelta, Génova, todavía mozo, y Madrid y Sevilla, los ámbitos de su madurez.

La coherencia y articulación narrativa de la novela no se vieron afectadas por el hecho de haber sido publicada en dos partes y con un intervalo de cinco años. Sí se observan, en cambio, algunas novedades significativas en el carácter del personaje, que, a partir de su estancia en Roma, perdida ya la inocencia y concluido su peculiar aprendizaje negativo, no puede evitar una paulatina caída en el pecado y la delincuencia. Guzmán, consciente del camino de degradación emprendido, busca una salida en el sentimiento religioso y la conversión, proceso este que viene a resaltar la intención moral con que escribe.

Mateo Luján, el imitador ya mencionado, anunció al final de la segunda parte de su novela una tercera, y para ello liberó al protagonista, también cautivo. Para enmendarle la plana y reservarse al mismo tiempo la autoría en exclusiva de una hipotética tercera parte, Mateo Alemán no tuvo más remedio que dejar la puerta abierta a la libertad del galeote Guzmán, quien, mientras espera el perdón del rey, concluye así el relato: «Aquí di punto y fin a estas desgracias, rematé la cuenta con mi mala vida. La que después gasté, todo el restante de ella, verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos» (II, III, IX). Pero de esa tercera parte, que Alemán menciona también en los preliminares de la segunda, nunca más se supo, acaso porque la enseñanza moral que pretendía ya estaba dictada: el pícaro había enmendado su mala vida pasada. Y ello pese a que el 20 de febrero de 1605 se le otorgó a Alemán un privilegio para la «segunda y tercera parte de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana» (p. 903).

La voluntad de estilo, al que se le dedica uno de los apartados del estudio, es un signo de modernidad y define la escritura de Alemán, que, meticuloso en extremo, corregía y reescribía una y otra vez. La teoría de la retórica obligaba a adaptar la lengua al personaje, y distinguía así, según fuera su condición, entre *sermo gravis*, *mediocris* y *humilis*. Pero de poco le servía a Alemán esta diferenciación dada la idiosincrasia de su protagonista, pícaro y ladrón, que frecuenta cárceles y palacios y «sabe razonablemente la lengua latina, un poco de griego y algo de hebreo». De ahí que se viera forzado a alternar la lengua culta con la coloquial, la construcción latinizante del sermón con los refranes y dichos del acervo popular: «sazonado estilo», lo calificó el conceptista Gracián. Y como un conceptista operó Alemán, que no dudó en hacer uso de todos los recursos

que le brindaba la *elocutio*: antítesis, paronomasias, calambures, similitudines, hipérbolos, etc. Guzmán, que lo mismo sermonea como un escolástico que discute como un mercader, que sabe de latines y domina con soltura toda clase de jergas, que tanto puede recurrir a la sentencia clásica como al chascarrillo vulgar, no persigue otro fin que convencer de sus razones, a los interlocutores con los que entabla conversación y al lector al que se dirige. Cumplía de este modo con el mandamiento retórico del *affectus* o capacidad de influir sobre el receptor.

Buena parte de esas razones tienen que ver con la sátira que impregna el libro. Guzmán, «atalaya de la vida humana», juzga el mundo con resignado desencanto cuando oficia de moralista («No tiene medio ni remedio. Así lo hallamos, así lo dejamos. No se espere mejor tiempo ni se piense que lo fue el pasado» I, III, I) y lo fustiga con acritud cuando ejerce de censor. Delincuentes, criados, mercaderes, clérigos, militares, jueces: todos salen malparados, y ninguno de los estamentos sociales con los que se topa en su perpetuo vagabundeo se salva de sus burlas y diatribas. Puesto también a moralista y reformador, arremete contra la vanidad tan hispánica de la honra y el honor, reprende a los que viven ociosos (¡jél, empedernido desocupado y amigo de la holganza!), vitupera a los poderosos que abusan de sus privilegios y reprueba la corrupción y el poder del dinero. Tras esa sátira inmisericorde apunta la aspiración a un nuevo orden social y político, en línea con algunos tratadistas y reformadores coetáneos, como Pérez de Herrera, González Cellorigo y Pedro de Ribadeneira.

Luis Gómez Canseco estudia a continuación las fuentes en que se abasteció Alemán, que son múltiples y variadas. La más importante, a su juicio, las misceláneas, silvas, poliantes y repertorios de sentencias, tan leídas en la época. Cita algunas: las *Morales* de Plutarco, los *Apophtegmata* de Erasmo, la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía y, en particular, los *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias en diversas materias, compuesto por el licenciado Juan de Aranda, vecino de Jaén*, publicado en 1595, y que constituye, en opinión de Francisco Rico, la principal fuente del *Guzmán*. Fue también asiduo de los textos bíblicos (no esconde, en este sentido, su admiración por el biblista Arias Montano, contemporáneo suyo) y de los clásicos, algunos de los cuales —Virgilio, Cicerón, Séneca, Horacio— leyó en latín. El propio Alemán menciona asimismo algunos autores y obras de la literatura humanística, religiosa y moral de su época; además de que sin duda recurrió a sermonarios, vidas de santos y libros de emblemas. En cuanto a la ficción, aparte de *La Celestina* y el *Lazarillo*, conocía bien la *Diana* de Montemayor y algunos libros de caballerías. Las otras dos fuentes principales a las que recurrió fueron la literatura italiana, con la que estaba familiarizado por sus orígenes, y la tradición folclórica de romances, dichos, refranes, cuentos, etc., empleada sobre todo como tinte y adorno del sermón moral que encierra la obra.

En efecto, «cabe entender todo el libro como un sermón bien adobado en el que la propia existencia del predicador se convierte en ilustración del pecado, aviso e instrumento para la conversión de los lectores» (p. 847). De acuerdo con

la enseñanza *ex contrario*, Guzmán se presenta a sí mismo como personaje anti-ejemplar al que no se debe imitar: «Digo —si quieres oírlo— que aquesta confesión general que hago, este alarde público que de mis cosas te represento, no es para que me imites a mí, antes, para que, sabidas, corrijas las tuyas en ti» (I, I, I).

No toda la crítica, sin embargo, comparte la interpretación edificante o religiosa (Guzmán como emblema del pecador arrepentido, a ojos del público una figura verosímil y atractiva), y así, estudiosos como Sobejano, Rico o Micó han resaltado lo que tiene de didáctico —junto con otros aspectos, literarios, sociales o políticos— por encima de lo devoto. Otros, como Américo Castro, basándose en el linaje converso del autor, han visto en él una radical negación de las ideas y valores de la Iglesia de la contrarreforma, negándole incluso toda afinidad con el cristianismo. No han faltado tampoco los que lo defienden y catalogan como una miscelánea humorística, y ese sería su principal mérito.

Sea como fuere, el público lector de la época acogió con entusiasmo el libro, y las impresiones se sucedieron. *Guzmán* se convirtió en el pícaro por antonomasia, y tras su estela aparecieron el *Buscón* (al que Quevedo no tuvo reparo en presentar como «émulo de Guzmán de Alfarache»), el *Libro de entretenimiento de la pícara Justina*, *La vida del escudero Marcos de Obregón*, el *Estebanillo González* y tantos más. También por Europa se extendió rápidamente su fama, y a las impresiones castellanas en Francia, Italia, Flandes o Portugal siguieron las traducciones al francés, al inglés y otras lenguas. No corrió, empero, la misma suerte, a partir del XIX, desplazado por los gustos románticos, que encumbraron el *Quijote* al tiempo que empujaban al *Guzmán* a los desvanes del quehacer erudito y universitario.

En el apartado titulado «Historia del texto», Gómez Canseco lleva a cabo un exhaustivo repaso de las múltiples ediciones del *Guzmán*, desde la *princeps* hasta las más modernas. Como Luis de León, Alemán fue un escritor muy cuidadoso con su obra, sobre la que volvía una y otra vez, «dando la matraca a libreros e impresores para que el libro saliese con las mayores garantías posibles» (p. 875), en contra de lo que solía ser habitual por aquel entonces. La primera parte del *Guzmán*, de la que aparecieron como mínimo dos ediciones, vio la luz en Madrid en el año 1599, en la imprenta de Várez de Castro. Alemán únicamente obtuvo privilegio para seis años en Castilla, por lo que ya en 1599 empezaron a circular un buen número de ediciones fraudulentas, como la del célebre Sebastián de Cormellas. Este hecho propició que en 1600 Alemán se viera obligado a llevar a cabo una nueva edición de la obra (Madrid, herederos de Juan Íñiguez de Lequerica), minuciosamente corregida, la primera de una serie de revisiones —cuatro, cuando menos— publicadas entre 1599 y 1602. Para la consecución de estas empresas editoriales tuvieron no poca importancia los problemas económicos que acuciaban a su autor, ahogado por las deudas. Precisamente una de estas ediciones, publicada en 1601 (Madrid, Juan Martínez) «como un chanchullo a espaldas de Várez de Castro y de los herederos de Juan Íñiguez de Lequerica» (p. 883), es una de las piezas clave para la restauración del texto crí-

tico, pues introduce muchas correcciones e incorpora los cambios introducidos en las anteriores. En 1602 (Sevilla, Juan de León) se publicó la última edición de la primera parte del *Guzmán*, que pese a representar la voluntad definitiva de su autor (que de nuevo corrigió con celo y esmero el texto), tuvo muy poco eco en la transmisión posterior de la obra.

De ese mismo año data la continuación de Mateo Luján de Sayavedra, que empujaría a Alemán a publicar la segunda parte del *Guzmán* en 1604 (Lisboa, Pedro Craesbeeck). Esta edición apareció sin privilegio, que Alemán no obtuvo hasta pasados unos meses (para entonces, ya varios impresores habían decidido hacer negocio con esta segunda parte), razón por la que en 1605 (Lisboa, Antonio Álvarez) volvió a dar a la imprenta la obra, esta vez con privilegio de diez años. No contento con ello, Alemán emprendió una nueva edición con Craesbeeck, que apareció en 1605 y que constituye la última voluntad del autor, aunque el interés por que estuviera rápidamente en el mercado —se trataba de lo que hoy denominaríamos una edición de bolsillo, en octavo y a un precio menor— y el escaso (pero probado) control que ejerció Alemán sobre la misma tuvo como consecuencia la presencia de numerosas erratas y la ausencia, en cambio, de correcciones necesarias que se habían llevado a cabo para la edición de Antonio Álvarez. Hubo que esperar diez años para que apareciera otra edición de las dos partes del *Guzmán*, y no fue hasta 1619 cuando por primera vez vieron la luz en un solo volumen.

A continuación, el editor repasa detalladamente la fortuna editorial del libro, desde las ediciones de mediados del siglo xvii hasta las más modernas. La edición de Gómez Canseco basa su texto en la sevillana de 1602 (primera parte) y en las de Antonio Álvarez y Craesbeeck aparecidas en 1605 (segunda parte). El cotejo exhaustivo de todas las ediciones supervisadas por Alemán ha permitido a Gómez Canseco restaurar no pocas lecturas que, por diversos motivos (falta de tiempo, despistes, etc.) no se incorporaron a las ediciones que representan la última voluntad de su autor; esa cuidadosa colación le permite a su vez limpiar el texto de erratas y malas lecturas. El aparato crítico se completa con un cotejo sistemático de las ediciones más relevantes aparecidas desde 1599 hasta nuestros días.

Siguiendo los criterios editoriales de la colección, la anotación se presenta dividida entre breves notas al pie, que aclaran el significado o precisan las fuentes de un pasaje de una manera clara y directa, y notas complementarias, «donde se desarrolla y justifica lo enunciado en la nota al pie, donde se reproducen textos complementarios que ilustran un pasaje o un término, donde se detallan las fuentes y los sentidos o donde se recoge la pertinente bibliografía crítica, permitiendo al estudioso o al curioso disponer de un mínimo estado de la cuestión» (p. 927). Estas notas complementarias, muy útiles y accesibles gracias al índice que aparece tras la completa bibliografía final, constituyen un verdadero tesoro sobre la cultura, la lengua y la literatura del Siglo de Oro. La edición se acompaña asimismo de seis útiles y curiosos anejos: un resumen cronológico de la vida de Mateo Alemán; una suma del argumento por capítulos; una selección de las

estampas y grabados que ilustraron las diferentes ediciones del *Guzmán* entre los siglos XVII y XIX; un mapa geográfico del itinerario seguido por Guzmán en su errante deambular y los planos urbanos de tres de las ciudades en que vivió, Madrid, Sevilla y Toledo, con indicación detallada de los lugares citados en la obra; un índice de referencias bíblicas y otro de refranes.

En palabras de Gómez Canseco, «la intención última de esta edición es ofrecer un texto correcto y aceptable de las dos partes en que Mateo Alemán publicó su *Guzmán de Alfarache*, de modo que resulten comprensibles —gratas también, si cabe— para un lector actual y, al tiempo, útiles para especialistas y estudiosos de la cosa» (p. 920). Y dicha intención se cumple, a nuestro entender, con creces: no solo se trata de una edición canónica del *Guzmán*, que aborda con ejemplar claridad todos los entresijos de la novela, sino de una obra magna de referencia en el ámbito de la Filología y del Hispanismo, de gran utilidad para cualquier lector, sea este curioso o especialista en el Siglo de Oro.



